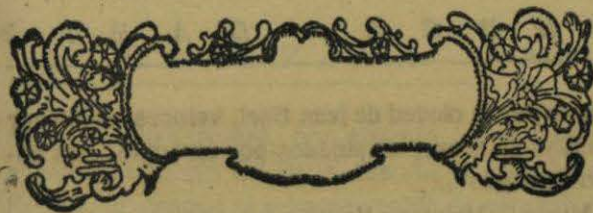


bre todo un vaso de la dinastía Ming, cuya arquitectura y adornos son de la más exótica elegancia y gracia. Hay representados varios caballeros y emblemas budistas como el parasol, que significa el honor; dos peces, que significan la abundancia; el loto, que está dedicado a Buda, y otras tantas cosas más. Y una tacita preciosa, con los más brillantes colores; y varios pequeños vasos, con mariposas, con pájaros, con flores, de la más delicada pasta y del más admirable tono.

No acabaría en muchas páginas, si me detuviera a admirar tantas cosas que revelan en aquellas almas extrañas una comprensión y una observación de la vida y de la naturaleza, que no es propiamente para tratarlas de salvajes e irles a incendiar sus palacios y casas y a robarles sus tesoros y asesinarles sus niños. ¡Sus niños! He visto retratos, fotografías encantadoras de chinos chicos y de chinas adolescentes, bellas, bellísimas en su gracia singular de seres como venidos de otro astro, de seres misteriosos que tienen otras sensaciones y otro concepto de la vida que el que con nuestra civilización nos hemos hecho nosotros.

Tés y plantas odoríferas, sedas, ceras, esmaltes, metales, ricos trabajos por artistas de manos ágiles y como aéreas líneas que han trazado esos dedos sutiles y visto ojos como de pájaros; arquitecturas de cuento, paramentos de cuento, casas, cosas, ideas, manifestaciones de gentes de fábula, almas antiguas como el mundo, ¿no es más bien un lugar de paz y ensueño, esa China noble y poética que se ha ido a despertar a cañonazos?



III



PARTÍ rápido a Dunkerque. De Brujas, toda paz, toda quietud, espiritual y natural, a Dunkerque, en donde se colgaban todos sus escabeles los actores de la comedia patriótica, en una danza de naves, con música de cañones y Mariana recibía con su más amable sonrisa y hacía su mejor reverencia al dueño del Oso. Decir las durezas de mi viaje, las apreturas en las estaciones de ferrocarril, la falta de correspondencia de trenes, los roces horribles de las aglomeraciones, las difíciles comidas en los restaurants, la cama por ochenta francos en cuartos compartidos, lo fabuloso del tupe cocheral y otras cosas que deseo echar en olvido, sería historia amarga y larga, sin contar con la demanda de papeles por la policía a cada instante, y la imposibilidad de poder acercarse a mirar la faz de los autócratas cuando éstos pa-

saron por la ciudad de Jean Bart, veloces, como por un tubo de acero, empujados por un soplo. ¿Un soplo de miedo?...

Miedo... Mientras Francia se ponía de gala para saludar al emperador aliado; mientras se preparaba Compiègne, antiguo nido de águilas, para recibir a la bicéfala de las Rusias; mientras Nicolás y su linda mujer se alistaban con el mejor humor posible a escuchar marselesas y a entrar de fiesta en donde han de sonreír a *Liberté*, dar la mano a *Egalité* e ir del brazo de *Fraternité*; mientras se disponen las trompetas de los saludos y los violines de los bailes, y todo el mundo está muy contento, en espera de un regio y regalado divertimento... *quelqu'un, trouble la fête*, allá lejos, en los Estados Unidos, *quelqu'un* que quita la vida al jefe de la inmensa república imperialista que estaba por tender un tentáculo a la América del Sur; y *quelqu'un* hijo de un país que se llama Polonia... Nicolás se puso pálido; pues no es cómo ya el oficio de Rey, habiéndose llegado a fuerza de civilización a tener en perpetua realidad la prueba simbólica de Dionisio de Siracusa.

Mas la cita estaba dada, y debía cumplirse con el pequeño prólogo suavizado de Dantzic, suavizador para Guillermo, *amado primo*, que busca a las claras el *flirt*.

Cuando llegué a Dunkerque, la ciudad hervía de gozo municipal y forastero; mas en verdad, fuera de las manifestaciones de gremios aislados y de la pompa y engalamiento oficiales, no encontré que hubiese allí un foco de entusiasmo, una de esas fiebres que ponen a los pueblos en delirio en ocasiones se-

mejantes. No encontré, por ejemplo, el estremecimiento ciudadano de París cuando la llegada de Krüger, o cuando la primera venida de este mismo zar. Quizá serían las precauciones, absolutamente rusas, tomadas para evitar un atentado, las cuales llegaron a impedir casi por completo que los dunkerqueses contemplasen la figura de las imperiales personas; o, quizá también, una disminución del ardor con que se tomó al principio la alianza, cuando no estaba tan menguante la inquina con el alemán; o quizá, porque no deja de estar en buen sentido del *populo* la filosofía que oí hacer a un quidam, frente al arco de triunfo, elevado ante los *bassins* del puerto: — « ¡Mirad — decía, y en voz alta, de modo que no sé cómo no fué arrestado — ¡mirad! ¡tanta bandera y tanto *lampion* por un hombre que viene a quitarnos dinero! »

La ciudad presentaba un aspecto florido, toda ceñida de estandartes, pabellones, banderas y banderolas. La noche anterior a la llegada del zar, las iluminaciones hacían de toda la población un inmenso ramo de fuegos de colores; y, por el lado del mar improvisaban el día, un día blanco y deslumbrante en el vago tapiz de la sombra, los focos y reflectores de la escuadra. Imposibles los hoteles, los cafés rebosando de gentes, las calles con arcos de linternas, estofas vistosas y bombas japonesas; la catedral empavesada como una colosal nave; las músicas resonando a lo lejos; los grupos circulando por todas partes; todo el mundo en espera del acontecimiento del siguiente día, la entrevista, más que la revista. Aunque no se ocultaba en las conversaciones el des-

pecho del pueblo: «¿Somos acaso unos parias para que se nos prohíba que le miremos?» Mas este despecho se aminoraba por la causa: el Gobierno quería prevenir cualquier atentado; nadie podría acercarse al séquito; la línea misma del ferrocarril por donde habría de pasar el tren, estaría como en Rusia, guardada por doble fila de soldados.

A las siete de la mañana del día 18, M. Emile Loubet se embarcaba en el *Casini*, para ir al encuentro del *Standart*, yate imperial. Las olas hacían bailar los barcos, y los cañones daban un continuo trueno. Nadie más que las gentes oficiales pudo llegar al punto de desembarco. La revista: vasta cuadrilla y tempestuoso cañoneo. El zar, por fin, llegó a tierra, y con él la zarina: él de uniforme, ella de negro, dicen los que los percibieron. Yo no vi con el antejo, desde lejos, más que muñequitos, al son de los clarines y de las bocas de fuego. Llegaba en los aires el severo himno ruso y la siempre impetuosa Marsellesa; y los aires deben haberse encontrado perplejos al presentarse cosas tan contradictorias: «¡Dios salve al zar!»... y: «¡contra nosotros se ha levantado el estandarte sangriento de la tiranía!»...

Loubet, cuya buena madre aldeana, quizá, daría en ese instante de comer a sus gallinas en la casa de campo de Montelimar, iba del brazo de la zarina Alix; Alix, la zarina de Rusia, que aparece allá, en la pompa de su corte semiasíatica, semejante a una emperatriz bizantina, ídolo autocrático de un colosal imperio cuasi bárbaro. En la galería que une el desembarcadero con la Cámara de Comercio, un grupo de pescadoras, de ropas oscuras y blancas cofias,

ofrece a Alix un pez de plata sobre un cojín de seda. El séquito se detiene en la Cámara de Comercio. En Dunkerque, el zar Nicolás, el Pacificador, es saludado por la Guerra y hospedado por el Dinero. Y son luego los cortesanos, los protocolares, las presentaciones y los *salamalecs*. Y el ágape, en que han de oirse nuevas protestas de amistad y liga, y los brindis que llegan y repiten en esa manera oficial, que cree decirlo todo y no dice nada, palabras que parecen simpáticas y fraternas, pero de las cuales los siglos sonríen.

Luego el tren partió con los porfirógénitos huéspedes, hacia Compiègne. El recuerdo de Luis el Piadoso sería propicio al emperador, y el de Juana de Arco a la emperatriz, y a ambos los de Napoleón y María Luisa, en cuyas alcobas iban a dormir,

Cuando el *maire* de Compiègne ofreció a la emperatriz un ramo de brezos, su flor preferida, M. José María de Heredia había ya lanzado el suyo por las columnas de su diario. No era un soneto. Eran versos serios, académicos y mediocres, como si hubiesen sido de encargo. Versos a la emperatriz a la cual trataba de *vous*... *Car le poète seul peut tutoyer les rois*. Rostand, por su parte, encargado oficial esta vez, había escrito una oda, en la cual dice a su majestad cosas como ésta:

En revenant de Danemark,
Vous avez, pour gagner ce parc
Passé devant chez Jeanne D'Arc.

Ante los malos versos aristocráticos, prefiramos los buenos versos anarquistas. En la presente ocasión, las musas de la Cúpula no han ayudado al ilustre autor de los *Trofeos*, y el autor de *Cyrano*.

París no sabía si iría a recibir la visita de los soberanos amigos. Tras el *bouquet* de brezos y el cumplimiento, se durmió en el castillo de Compiègne, donde debe vagar algunas noches una sombra cesárea que extrañaría mucho ver al amo de los cosacos en íntima unión con la República francesa. Se consolaría observando que el Bósforo no es ruso todavía.

La revista de Dunkerque, como las grandes maniobras del Este, eran el principal objeto de la venida de los autócratas; al día siguiente, pues, el 19, se dirigieron al campo de operaciones. El zar montó a caballo, galopó a su placer, se hizo explicar cañones, almorzó tarde y precipitado, examinó el nuevo freno hidráulico en la artillería, meditó ante el nuevo cañón de 75 milímetros, vió desfilan los batallones, las corazas, los penachos, las espadas desnudas, las lanzas, los uniformes vistosos, oro, hierro, acero, escarlata, oyó las bandas y el ensordecedor trompeterío; bebió el vino del soldado bajo la tienda de campaña, y sumó en su interior la fuerza de la alianza república con la fuerza de sus dominios inmensos; y después de esto, recordando quizá el pasado Congreso de la Haya celebrado junto a la gracia sonrosada y joven de la última flor de la rama de Orange, habrá repetido el verso dellírico italiano:

¡lo vo gridando pace, pace, pace!

Y he pensado en que aquel pobre y grande Castelar, que vivió y murió tachado de poeta, tuvo una palabra profética al escribir, a la orilla de la muerte, esta sensación del porvenir: «El descontento del gobierno italiano, producido recientemente a consecuencia de sus fracasos diplomáticos en la cuestión de China; las dificultades suscitadas entre Francia e Inglaterra por el Sudán y el Nilo; el aumento de la escuadra inglesa, que ha necesitado una suspensión de la amortización y un déficit de importancia; el cambio de América, que ha modificado su temperamento industrial y trabajador para marchar a la guerra y a la conquista; el reparto de la China, deseado por universales ambiciones; los progresos del ferrocarril ruso en la Mongolia; los conflictos del Transvaal entre la presidencia de Krüger y la dictadura del desequilibrio del Napoleón del Cabo; las amenazas contra Portugal y sus colonias; los temores y los espantos, tan fundados como legítimos, de nuestra desgraciada España; la rivalidad de Turquía y de Grecia, de Francia y de Prusia, de Rusia e Inglaterra; los motines de Austria; el movimiento interior que reclama y pide una Alemania más considerable, y numerosa que la Alemania actual; los gérmenes de desacuerdo entre las primeras potencias por consecuencia de las extensiones territoriales de sus colonias. Todas estas cosas dicen que después de la exposición de 1900 no tendremos una hora de paz, y que los elementos de guerra estarán diseminados y extendidos por todas partes.» Mas como el zar Nicolás ha sido el coronado mensajero de pacificación universal, ante el cual hombres como el bravo

periodista Stead han creído ver un ser casi elegido por la Providencia, pronuncia después de la revista frases que no cuentan con la codicia de las naciones y con las trampas de los políficos, esta gran manifestación de guerra, como la revista naval de Dunkerque, serían, ¡oh, paradoja! el mejor sostén de la paz en el mundo.

Y tras la revista, el sacrocesáreo ortodoxo visita la basílica de Reims, en que han sido consagrados los reyes de Francia; allí el representante de la paz, esto es, de Cristo, le recibe en su pompa ritual, rojo entre negras sotanas. Allí, bajo el rosetón que corona la doble entrada, ante la estatua de la Virgen, entre las estatuas de santos que decoran la vieja arquitectura, el cardenal arzobispo saluda al jefe de la iglesia rusa, que penetra en la catedral católica. Y la catedral dice en su inscripción de entrada: *Deo Optimo Maximo*. Prudente sería su eminencia para no rozar la religión rusogreca ni hablar con untuosa diplomacia pontificia, ya que de uniones se trata, de la unión de las cristianas iglesias. En el *Diario de Pedro el Grande*, al referirse a la visita que aquel duro emperador hiciera a París en 1717, se lee: «El 3 de Junio su majestad se presentó en la Academia, donde los doctores de la Sorbona trataron ante su majestad de la unión en la fe, diciendo que sería fácil establecerla. A lo que su majestad se dignó responderles que este asunto era grave y que era imposible arreglarlo en un breve término; que por lo demás, su majestad se ocupaba principalmente de asuntos militares. Pero que si lo deseaban en realidad, no tenían más que escribir a los obispos rusos.

pues este era un asunto importante, que exigía una asamblea eclesiástica; al mismo tiempo se dignó prometer a los doctores que si escribían a los obispos rusos, ordenaría a éstos contestar según la autoridad que Dios les había dado.» Como véis, aquel espeso autócrata tenía la malicia fina. No se trató ahora en Reims con doctores de la Sorbona, sino con un purpurado de la república, bajo el pontificado de León el Diplomático.

Después fué el día de real holgorio en Compiègne: paseos en el parque lleno de encantos, el bello parque poblado de arboledas magníficas, de estatuas que saben secretos eclógicos y aguas tranquilas realzadas de cisnes; y por la noche, en el teatro del mismo castillo, la fiesta de gala, con declamación, danzas preciosas y divertimientos lindos y delicados como conviene a los reyes. Y la emperatriz con su diadema imperial, y el zar, pequeño y apretado en su uniforme y en su orgullo, formando un contraste curioso con el bueno, honesto y sonriente Loubet, la excelente presidenta y el coro de ministresas burguesas que han tenido que estudiar con profesor de baile la reverencia, y que lo que menos pudieran tener sería al taburete en la corte de Francia, la almohada en la corte de España. Y Millerand por allí, al antiguo atacador de este mismo zar; elementos que se rozan con el socialismo, contemporizando con elementos autocráticos; la república de los Derechos del Hombre, el país que se precia de ir adelante en la historia con la bandera de la libertad, festejando al jefe de un imperio en que reina el despotismo más absoluto, en donde Tolstói bajo Nico-

lás, sufre por sus ideas más que Soloviov bajo Alejandro; el país que predica la soberanía de la prensa, unido al país en donde el *caviar* tradicional empuerca y mutila periódicos y libros; la tierra en donde por todas partes se encuentran las letras L. E. F., hecha una con la tierra en donde el Knut existe y la Siberia continúa siendo lugar de deportación y de castigo, y en donde los estudiantes acaban de ser apaleados y heridos y muertos. Es cosa verdaderamente singular. Los versos de Rostand resuenan en el teatro:

En revenant de Danemark
Vous avez, pour gagner ce parc
Passé devant chez Jeanne D'Arc...

La tierra de Juana de Arco, con la tierra que se ha tragado a la desventurada Polonia. El grande anciano de la lesnaia-Polonia lo acaba de aclamar a los cuatro vientos de la justicia y de la verdad: la unión entre Francia y Rusia es un enorme absurdo y una mentira colosal.

Pedro el grande, que era inculto, hasta limpiarse los dedos en los trajes de sus vecinas de mesa, vino aquí a observar civilización: la observó, junto con la cara de la hábil viuda Scarrón. El abuelo del actual zar, Alejandro I, vino también, pero con otro objeto, después de Austerlitz, después de Friedland, después de Eylau y después de la paz de Tilsit; vino en compañía de los Borbones, y entonces no se le

cantaron marselesas. Alejandro II vino a estrechar amistades con Napoleón III, lo que no obstó para que en el 70 la Francia estuviera sola. Alejandro III no vino, pero dice que dijo estas palabras: «La Francia debe ser grande, para que la Rusia se desarrolle. La Rusia debe ser fuerte y armada hasta los dientes, para que la Francia viva en paz». ¿No creeríais oír en el cuento de Perrault el toc, toc, toc, del lobo en la puerta de la cabaña? Nicolás ha venido porque ama a Francia, dicen unos; otros, porque quiera saber cómo está de armas el aliado; otros, por un empréstito. Este joven zar aseguran que, siendo niño, al ver un álbum con vistas de París, exclamó: «*oh comme je voudrais la visiter!*» Quizá sea París su fascinación, y como el gran rey crea que bien vale una misa. París le ha correspondido Ni en sus Lividias, Petersburgos y Vladivostocks; ni cuando siendo zarewich recorrió medio mundo, encontró nunca acogida tan formidablemente satisfactoria cual la que le brindó París en su primer viaje. Por todas partes va regando frases que halagan el amor propio francés. Y cuando el metropolitano de San Petersburgo, Paladius, le casó con la princesa Alix, la mujer que tomaba era, según se cuenta, una adoradora de Francia. Cuando la visita a esta capital, Nuestra Señora de París recibió como correspondía a los devotos de Nuestra Señora de Kazan. Hasta se ha encontrado una descendencia francesa a Alix de Hesse. Una hija de Santa Isabel de Hungría se casó en el siglo XIII con Enrique el Magnánimo, duque de Brabante y príncipe de la casa de Lorena. Hijo de ellos fué Enrique el Niño, quien

abandonó el ducado y fué a Hungría, donde fundó una rama nueva que fué después la casa de Hesse. La genealogía tiene más utilidad y oportunidad de lo que aparenta. Es una dulce y bella mujer la zarina de Rusia que está al lado de su esposo como un escudo de marfil. Desgraciadamente, ¿no era hecha de marfil y rosas fragantes y de espirituales perlas, aquella infeliz Elisabeth de Austria que encontró en Ginebra, en su soledad errante, el puñal que va derecho y no distingue?

¡Terrible vida la de un César como el zar eslavo! Aparte de las víctimas que el anarquismo ha hecho y sigue haciendo por todos los lugares de la tierra, tiene en su propio país la misteriosa sombra del nihilismo, que duerme, pero no ha muerto; y el recuerdo de su padre, el coloso Alejandro, despedazado por las bombas, debe venir a cada instante a su mente, aun en los momentos del hogar y del amor. Porque está visto que cuando llega la hora señalada por lo desconocido, el príncipe de las Mil y una Noches, encerrado en su torre, muere violentamente, y el monarca encuentra su asesino en su centinela o en su ayuda de cámara. Parece que mientras mayor potencia opresora se aglomerase arriba, por ley de presión, asciende la fuerza de abajo.

No vino esta vez a París el zar, claramente se mira, no porque no tuviese deseos, o porque tan sólo hiciera su visita a la marina y al ejército, como lo dió a entender en el brindis de Bhéteny el presidente; no vino porque la policía rusa no lo quiso consentir de ninguna manera, porque hay muchos

rusos vigilados en París, y porque de donde menos se pensara podía brotar la certera locura de cualquier libertario.

Porque: es bella y triunfante una coronación cuasi divina bajo el amparo del Santo Sínodo, en ceremoniales que recuerdan la prestigiosa Bizancio que Jean Lombard ha evocado de tan magnífico modo; es bello y grandioso el dominar el imperio más potente del globo, y ser aún, en el siglo xx, las dos divinas mitades de que habla Hugo, papa y emperador; son soberbias las excursiones a Livadia, y la mirada omnipotente sobre el mar Negro, y la caza del oso con parientes de real sangre; es dulce e imperial tener por esposa una animada y rubia figura de icono, «ser que parece que anda en las nubes», ser nefelibato; tener como guardias dorados gigantes, rudos y pomposos heiducos; comer a la mesa más exquisita del mundo; poder lanzar hordas de cosacos como los hunos de Atila, cabalgar con los husares de Grodno o con los soldados del Preobrajensky; poseer el Kremlin en Moscú, el Palacio de Invierno, el Anichkoff y el Ermitaje en Petersburgo; y el Tsarkeio-Selo, y el de Peterhof, Versalles ruso; ser saludado «padrecito» por el mujick, cuando se va en el chato drosky o en la rápida troika; reunirse con la familia de coronas y diademas en la mesa del «suegro de Europa», allá en Fredensborg; tener por antepasados a los majestuosos Romanoff, autócratas de hierro; reposar en la Casa de Pesca en Finlandia, a la orilla del río lleno de peces como de oro y plata; recibir de más de 120 millones de hombres, en lenguas distintas, el respeto y la casi ado

ración como *Imperatorkij Gubernator* y como cabeza de la iglesia; y todo eso para estar en el continuo cuidado de un condenado a muerte que no sabe si logrará el indulto... estas cosas son la sonrisa de la Boca de Sombra.

En el 98, por orden del emperador Nicolás, decía el *Messenger Officiel*, de Saint-Petersburgo, que «el mantenimiento de la paz general y una reducción posible de los armamentos excesivos que pesan sobre todas las naciones, se presentan en la situación actual del mundo entero, como el ideal a que deberían tender los esfuerzos de todos los gobiernos. Los deseos humanitarios y magnánimos de su majestad el emperador, mi augusto amo, están allí enteramente dirigidos. En la convicción que ese elevado fin responde a los intereses más esenciales y a los votos legítimos de todas las potencias, el gobierno imperial cree que el momento presente sería más favorable a la rebusca, en la vía de la discusión internacional, de los medios más eficaces para asegurar a todos los pueblos los beneficios de una paz real y durable, y a poner ante todo un término al desarrollo progresivo de los armamentos actuales. Penetrado de ese sentimiento, su majestad se ha dignado ordenarme proponer a todos los gobiernos cuyos representantes están acreditados cerca de la corte imperial, la reunión de una conferencia que habría de ocuparse en ese grave problema.

»Esta conferencia sería, con la ayuda de Dios, de un feliz presagio para el siglo que va a empezar; ella juntaría en su haz poderoso los esfuerzos de todos los Estados que buscan sinceramente hacer

triunfar la gran concepción de la paz universal, sobre los elementos de perturbación y de discordia. Ella cimentaría al propio tiempo sus acuerdos por una consagración solidaria de los principios de equidad y de derecho sobre los cuales reposan la seguridad de los Estados y el bienestar de los pueblos.» De allí el Congreso de la Haya. ¿Qué salió de esa conferencia en la capital de la fresca Guillermina? Inglaterra saltó sobre el Africa del Sur; Alemania agarró más fuertemente la Alsacia y la Lorena; Francia apuró sus fábricas del Creusot; la China fué «castigada» por la pacífica y civilizadora Europa; y hoy Nicolás, cuyo ferrocarril transiberiano conduce las más sanas intenciones, viene en visita de paz, a admirar marinos y soldados, nuevos armamentos y nuevas invenciones para matar mejor. Los perros de la destrucción y de la muerte están mejor amaestrados que nunca: *Death and destruction dog...* dice Shakespeare. El sueño de la paz universal queda reducido a espuma en esa revista de Reims, tierra florida de dulce vino de champaña. Allá en las largas estepas, en las chozas de los pobres, la figura del zar es colocada al lado de la milagrosa panagia, y San Félix Faure está a su lado. Rusia, Francia, Alemania, Inglaterra, los amenazantes yanquis, el entero mundo civil está listo para la matanza y para la rapiña. Los reyes, por más que busquen la paz, son siempre, en la inmensa fauna humana, águilas, las águilas son pájaros de presa, son carnívoras. Mas en lo hondo de la montaña misteriosa, en lo profundo de los valles del porvenir, se oyen de cuando en cuando sonos de

cuernos, ladridos, tropeles. Se mira en el Oriente como una alba terrible. Los pueblos presienten algo: el presente está en cinta: y quién sabe si de repente el hombre á tientas encontrará el camino que desde el principio de los tiempos le tiene señalado la voluntad infinita, el Dios de todas las razas y de todas las almas.

¡Entonces será tal vez el advenimiento de la Justicia y de la Paz!



IV



UNA noticia llega: el príncipe consorte de los Países Bajos, le ha pegado a su mujer... Sensación. Indignación... Sonrisa... ¡Cómo! ¿Ese muchachón teutón, educado a la prusiana, ha podido levantar la mano contra una reinita que París ha visto, saludado y aplaudido, entre el ruido y alegría de los bulevares?

... La reina habría dicho a su marido algunas palabras, en la mesa, que provocaron después la cólera del Mecklemburgo... ¡Cómo! ¿Las majestades y las altezas se tiran los platos y se tratan exactamente como el vecino del entresuelo, o del primero, o del segundo?

La Prensa comenta el hecho, comenta y aumenta, e inventa... Los salones de Europa tienen por muchos días un asombroso y pimentado tema que gustar... Guillermina, que es, con Nicolás, la soberana

de la paz... ¡Buena está la paz! Los caballeros franceses que quedan, censuran ásperamente a ese caballero de ultra Rhin que olvida el precepto oriental: ni con una rosa... Exigen al príncipe de Holanda que se esté bien quieto, dentro de su queso.— Los detalles llegan. El príncipe es un hombre poco galante, muy seco, muy militar, muy *soudard*. Desde los primeros días del matrimonio, se le ha visto alejarse más y más de la reina, demostrarle diferencia y desvío, él que no tiene más oficio que ser el marido de su mujer... Los detalles aumentan. El príncipe debe y bebe... Los acreedores pasan sus cuentas y la reina no quiere saber nada de eso, de las cuentas enormes del príncipe Enrique... En cuanto a su afición báquica, se complica de pasión cinegética y el príncipe prefiere irse al campo, con sus amigos a permanecer junto a su esposa. Además, se dice que el consorte no tiene simpatías por Holanda, y los holandeses le pagan en la misma moneda... La reina se disgusta, se enferma... Salen a su defensa oficiales de su real casa, que son heridos en duelo por el marido espadachín. El castillo de Loo está en conmoción.

Por otra parte, trae el telégrafo nuevas que desmienten todo eso... No, no ha pasado nada en el castillo de Loo, y los *racontars* no tienen fundamento ninguno... El príncipe Enrique no debe nada a nadie y sus relaciones con la reina están en perfecto estado. La corte está apenada por todas esas invenciones, obra de mal intencionados socialistas... La indisposición de su graciosa majestad ha tenido otras causas que las que se murmuran y van por

las gacetas, por la *Gazzette de Hollande*... La reinita del cuento azul, o de poemita en prosa de Gaspard de la Nuit, la favorita de la paz, vive en paz con su marido, quien no tiene inconveniente en apartarse de los negocios del Estado por consagrarse por entero a las funciones para que ha sido elegido. Cuando deja la grata compañía de Guillermina, es para dedicarse a la agricultura... Hay en ello siempre el idilio.

Hélas! como de dice por aquí. ¡Y cuán cotidiana es la vida, según el verso del admirable montevideano Jules Laforje, aun para los que viven en palacios reales, y han nacido porfirógénitos! Verdad: no se necesita de anarquistas amenazadores para que se tenga por poco envidiable, una cantidad de derecho divino y una figuración en el almanaque de Gotha.

Hablaba el ministro argentino una vez, en Bruselas, con una de las princesas, mujer cuerda y de inteligencia, y a propósito de algo, concluyó una de sus frases: ...«para las que tienen la dicha, o la desgracia, de ser princesa»... *Le malheur, monsieur le ministre, le malheur!...*, contestó en seguida su alteza real. *Le malheur*... Ciertamente, no es una historia de dichas la de las testas coronadas, y circunscribiéndonos al caso de la reina de Holanda, el hogar y el trono no pueden caber, sino con raras excepciones, en el mismo sifio... Las fantipias coronadas han sido muchas, y reyes que puedan señalarse como modelos de virtud conyugal son tan escasos... El prudente Ulises queda para Homero con

la reina Penélope, que sabía tejer, y la princesa Nansicaa, que sabía lavar su ropa.

En nuestro tiempo, con dirigir la vista alrededor de Europa, hay para estarse quieto, en la apacible medianía horaciana, en la descansada vida de fray Luis o en la modesta burguesía que tiene su ideal supremo en un automóvil.

Mirad allá en Rusia, en donde hoy, según se ve, reina la más envidiable paz doméstica bajo las techumbres de los palacios imperiales, no puede borrarse el no muy lejano recuerdo de un matrimonio como el del zar Pedro III, el marido de la gran Catalina... Ser el marido de la gran Catalina... ¡Morir como murió ese pobre zar Pedro...! No, en verdad, no era ese un hogar modelo, ni de varios grandes duques, cuyas aventuras y desventuras suenan por ahí. En Austria, la tragedia... Vagará por mucho tiempo, en Mayerling, la sombra de aquel pobre príncipe heredero, muerto de tan romántica muerte con la Vetsera... Para que su buena esposa después se case con un elegido de su corazón; y luego se hable del divorcio de la condesa de Lonyay... Agregad las varias *méssalliances* cuajadas de anécdotas, ya cómicas o dramáticas...

En Italia, todo muy bien... Solamente, un gran rey de grandes bigotes, es apellidado el *Galantuomo*. Y luego, en el reinado siguiente, en la paz de la corte, una bicicleta francesa va por allí, dando vueltas, causando perturbaciones... en la familia.

En Alemania, perfectamente, en las altas regtones; pero escándalo sonoro y granducal, en el país de Hesse y de Aquel...

En España como es de razón, por el sol y por la sangre. Hay libros, memorias, cuentos, anécdotas, chascarrillos. Isabel II, Don Francisco de Asís... Alfonso XII, el rey Barbián... La reina Mercedes que pasa malos ratos, la reina Cristina, que quiere irse a casa de su familia... el Papa que Interviene. Y los matrimonios que vienen. La infanta Eulalia y su divorcio ruidoso... Un pueblo entero queriendo impedir que se case una joven infanta con un joven Caserta... ¡Es delicioso el goce del hogar, en el esplendor de la corte de España!

En Servia... Este era un rey que se llamaba Milano... Por España anda la viuda, que fué tan hermosa, la reina Natalia... Se ha hecho católica, reza mucho... El hijo se casó con una señora que es hoy la reina Draga... Y en su palacio pasan cosas, cosas tan tristes... ¡Y tan ridículas... Fué un matrimonio por amor, el del hijo del rey Milano y de la reina Natalia!

En Rumania, la reina continúa haciendo literatura y la señorita Vacaresco también, aquí en París... Esta pobre señorita Vacaresco, que pensaba posibles los cuentos azules, que creía llegar a ser reina, o cuando menos, esposa morganática, según se cuenta... Para venir a parar aquí, soltera, siempre, haciendo versos, coronada poetisa por la Academia francesa, y recitando en casa del ministro Haif...

En Portugal...

¿Los príncipes de antes eran más felices que los de ahora?... Hay quien achaca la culpa de las desventuras de los actuales al periodismo, al reporterismo. Antaño la maledicencia cortesana no transcendía

como hoy, a las hojas de los periódicos; los decires iban de boca en boca, tan solamente circulaban en las cortes, en el plano superior... Ahora, todo va a todos. Y las debilidades de los afortunados son el regocijo de los de abajo... El pueblo siente un verdadero placer en la demostración práctica de que todos los seres privilegiados que tienen una corona o una autoridad, están sujetos a las mismas pequeñas miserias que el más humilde de los hombres. Y como el periodismo no deja noticia sin publicar y detalle sin aprovechar, las alcobas imperiales y reales son exhibidas a la mirada de un público lleno de odios y malignidades.

Volviendo, pues, al caso tan comentado de la reina de Holanda, hay que convenir en que la posición del príncipe no es de las más envidiables. Del rey de Dinamarca se ha dicho que es «el suegro de Europa». Es una inestimable ventaja. En el príncipe Enrique de Mecklemburgo, la situación es desventajosísima: la nación es su suegra. En todo otro Estado, el papel de príncipe consorte habría sido lleno de inconvenientes y de molestias; pero en Holanda, en donde la reina es el ídolo del pueblo, en donde todo el mundo está con los ojos fijos para velar por su completa tranquilidad y por su dicha, el puesto es de todo punto incómodo. De aquí han venido los recientes ruidos, con base real o ficticia, pero que tienen por un momento la atención y curiosidad de Europa dirigidas al castillo de Loo.

La verdad, según personas bien informadas, es que el matrimonio es muy dichoso, la reina y el rey se quieren mucho, y todo lo que se ha dicho ha sido

producto de muchas imaginaciones. La más enamorada pareja está sujeta a pequeñas nubes estivales. Algún instante hay en que el mejor amor interrumpe su constante faz por un ligero choque, que suele tener siempre exquisitas consecuencias y aumentos de afecto, si es posible. Uno de esos instantes ha sido sorprendido por alguien, que ha aumentado el hecho, y la bola de nieve ha llegado al alud periódico. La reina Guillermina, por su belleza, por su juventud, por sus bellos gestos como el de tender la mano al errante y lamentable viejo Krüger, por las cualidades de su espíritu, de su carácter, de su corazón es adorada de sus súbditos. Al príncipe le tienen en perpetua observación, como a quien se ha confiado una joya incomparable o la existencia de un hijo. Y los celos públicos son terribles. Por algo se ha silbado en los music-halls holandeses el retrato del príncipe Enrique, después de saludar con aclamaciones y aplausos el de la reina. El príncipe hace lo que puede, para pasar inadvertido, para dejar que la reina sea única y exclusivamente saludada, para apartar su persona de las miradas del pueblo. Y cuando va con su graciosa mujer, ya en la Haya, o en la linda población de Apeeldorn, en donde se ha elevado un monumento conmemorativo de las regias nupcias, él hace como que no escucha, y apenas si saluda, ante las manifestaciones de la muchedumbre. Sabe bien que él es nadie— el esposo de su majestad;— y parte, desde que lo puede, a la campaña, a interesarse por cuestiones agrícolas y a cazar.

Es muy conocido el cuento del rey que andaba en

busca de la camisa del hombre feliz, y que nunca la encontró, pues el hombre más feliz que había en todos sus Estados no tenía camisa... No es muy probable que esa prenda se encontrase hoy en ninguna de las cortes de Europa.

¡Quizá, como nos hace pensar cierta filosofía, la camisa del hombre feliz existe, y es la que a uno le ponen cuando va a dormir el último sueño...! Si se la ponen.



V

Los franceses suele mirar con cierto menosprecio a los belgas. Cuando digo los franceses, digo sobre todo los parisienses. Es una injusticia, y Victor Hugo no pensaba de la misma manera. Baudelaire fué cruel, en «su corazón puesto al desnudo». Hugo vivió aquí desterrado, Baudelaire también: Hugo por la política, Baudelaire, por la vida. No sé si Baudelaire se arrepintió; pero los intelectuales belgas de hoy han olvidado la amargura del hombre del estremecimiento nuevo. Intelectuales y en su parte latina, Bélgica está unida a Francia y ha dado a la literatura francesa contemporánea buena parte de sus mejores espíritus. «Eh, Eh! ¡Bruselles! Vous n'avez qu'à vous bien tenir vous autres ici. ¡Bruxelles, oui. je n'en dis pas plus!» Es Villiers de l'Isle Adam el que habla y es Mallarmé el que lo cuenta. Aquí vino